

Jueves, 17 de septiembre de 2026 | 15:04

La decisión europea que interpela la estrategia de crecimiento de Chile

El cambio climático ya no puede tratarse solo como una externalidad ambiental o como una agenda de reducción de emisiones. Es también un riesgo sobre la continuidad operacional, la infraestructura, el financiamiento, los seguros, la salud, la disponibilidad de agua y el valor futuro de los activos.



Alex Godoy Faúndez

Director del Centro de Investigación en Sustentabilidad de la UDD

El reciente discurso sobre el Estado de la Unión Europea contiene una señal que Chile debiera observar con atención. Aunque sus anuncios abarcan seguridad, defensa, política social, migración y relaciones internacionales, tres materias aparecen estrechamente vinculadas: cambio climático, minerales críticos e inteligencia artificial industrial. Presentadas por separado, podrían parecer agendas sectoriales. Leídas en conjunto, expresan una nueva concepción de la competitividad.

Europa ha comprendido que competir en un mundo cada vez más inestable no consiste solamente en producir a menor costo. Supone asegurar el acceso a recursos estratégicos, anticipar riesgos climáticos, proteger los activos productivos, desarrollar capacidades tecnológicas y reducir dependencias externas. La competitividad deja así de ser una discusión restringida a impuestos, permisos, costos laborales o productividad de corto plazo. Pasa a ser una cuestión de resiliencia económica y de capacidad para actuar bajo condiciones adversas.

Esta transformación resulta particularmente evidente en materia climática. La Comisión Europea anunció un marco de resiliencia que identificará sus territorios más vulnerables, una alianza para enfrentar la brecha de aseguramiento, un plan frente a las olas de calor, nuevas iniciativas sobre seguridad hídrica, gestión de riesgos agrícolas y capacidades contra incendios. La señal es clara: el cambio climático ya no puede tratarse únicamente como una externalidad ambiental o como una agenda de reducción de emisiones. Es también un riesgo sobre la continuidad operacional, la infraestructura, el financiamiento, los seguros, la salud, la disponibilidad de agua y el valor futuro de los activos.

La creación de una alianza climática de seguros es especialmente significativa. Cuando los riesgos dejan de ser asegurables, o sus primas se vuelven prohibitivas, las pérdidas se desplazan hacia las empresas,

las familias y finalmente hacia el Estado. En otras palabras, la ausencia de inversión preventiva termina convirtiendo al presupuesto público en asegurador de última instancia. La resiliencia climática no representa entonces un gasto accesorio: es una inversión destinada a evitar pérdidas económicas, deterioro patrimonial y futuras obligaciones fiscales.

El segundo componente es la seguridad de acceso a minerales críticos. Europa propone crear una corporación capaz de adquirir y almacenar los materiales necesarios para vehículos eléctricos, baterías, semiconductores, tecnologías limpias y defensa. No se trata solamente de política minera. Es una estrategia para disminuir vulnerabilidades industriales y asegurar que la transición energética no dependa de cadenas de suministro concentradas o expuestas a tensiones geopolíticas.

Para Chile, esta decisión confirma el valor estratégico de recursos como el cobre y el litio, pero también muestra los límites de continuar actuando únicamente como proveedor de materias primas. Poseer minerales críticos no garantiza por sí solo una posición competitiva. El verdadero valor estará cada vez más en la combinación entre recursos, trazabilidad, seguridad de suministro, conocimiento, tecnología, estándares ambientales y capacidad para responder a los riesgos climáticos que afectan su extracción, procesamiento y transporte.

El tercer elemento es la inteligencia artificial industrial. Europa quiere orientar su desarrollo hacia sectores en los que posee datos, capacidades productivas y necesidades concretas: salud, transporte, agroalimentación, manufactura avanzada, defensa y espacio. Es un giro relevante. La discusión sobre inteligencia artificial deja de concentrarse exclusivamente en modelos generativos, automatización administrativa o regulación de riesgos. La pregunta pasa a ser cómo aplicarla para transformar procesos productivos, utilizar mejor los recursos, anticipar fallas y aumentar la resiliencia de sectores estratégicos.

Estas tres agendas se refuerzan mutuamente. Los minerales críticos sostienen la transición energética y la infraestructura tecnológica. La inteligencia artificial permite optimizar su extracción, procesamiento, trazabilidad y uso. La resiliencia climática protege las instalaciones, cadenas logísticas, territorios y recursos naturales sobre los cuales operan esas actividades. En conjunto, conforman una política de competitividad sistémica.

Chile debiera avanzar en la misma dirección. Durante demasiado tiempo, nuestra conversación sobre crecimiento ha tendido a repetir fórmulas conocidas, como si el desafío consistiera simplemente en recuperar las condiciones del pasado. Sin desconocer la importancia de la estabilidad regulatoria, la inversión y la productividad, insistir en más de lo mismo difícilmente permitirá crecer en una economía mundial caracterizada por riesgos climáticos, conflictos geopolíticos, transformaciones tecnológicas y cadenas de suministro sometidas a presión.

Nuestro país necesita una hoja de ruta de inversiones para la resiliencia climática de sus sectores productivos. Minería, agricultura, agroindustria, energía, pesca, acuicultura, infraestructura y logística enfrentan combinaciones distintas de sequía, calor extremo, inundaciones, incendios, cambios ecosistémicos e interrupciones de suministro. No basta con disponer de diagnósticos generales. Es necesario identificar los activos y territorios críticos, cuantificar las pérdidas potenciales, evaluar la brecha

entre riesgo y capacidad de respuesta y priorizar inversiones según su contribución a la continuidad productiva.

Esa hoja de ruta debiera articular inversión pública y privada, financiamiento, seguros, información climática, infraestructura y capacidades institucionales. También debiera reconocer que cada peso invertido en resiliencia puede proteger activos, reducir volatilidad, sostener empleos y disminuir futuros costos fiscales. Adaptarse no significa resignarse al daño, sino construir una ventaja competitiva frente a países y empresas que continúan subestimándolo.

Simultáneamente, Chile debiera incentivar la inteligencia artificial aplicada a sus sectores basados en recursos naturales y a las capacidades manufactureras y de servicios asociadas. Podemos desarrollar soluciones para anticipar riesgos hídricos, optimizar el uso de energía, mejorar la exploración y recuperación de minerales, reducir pérdidas agroalimentarias, monitorear infraestructura, fortalecer la trazabilidad y administrar cadenas logísticas complejas. También podemos crear servicios tecnológicos exportables alrededor de estas capacidades.

La oportunidad no consiste solo en agregar una etapa de procesamiento a una materia prima. Consiste en agregar conocimiento a cada etapa de su ciclo de vida. Un país puede sofisticar su economía no únicamente por lo que fabrica, sino también por los problemas complejos que aprende a resolver. Si Chile combina recursos estratégicos, ciencia climática, ingeniería, datos e inteligencia artificial, podría convertirse no solo en proveedor de minerales o alimentos, sino también en proveedor de soluciones para producirlos de manera más segura, eficiente y resiliente.

La lección europea no es que debamos copiar sus instituciones o políticas. Es que la competitividad del siglo XXI se construye anticipando las condiciones del futuro, no intentando reconstruir las del pasado. Chile posee recursos, capacidades científicas, experiencia productiva y una diversidad territorial que puede transformarse en un laboratorio de soluciones. Pero ello requiere una dirección estratégica y una política de inversión que vincule clima, tecnología y producción.

En un mundo adverso, crecer sofisticadamente significará producir, pero también anticipar; exportar recursos, pero también conocimiento; atraer inversiones, pero al mismo tiempo protegerlas frente a riesgos crecientes. La resiliencia climática, los minerales críticos y la inteligencia artificial industrial no constituyen tres agendas independientes. Juntas pueden ser la base de una nueva estrategia de competitividad para Chile.